

El “Detente” del Sagrado Corazón de Jesús

Una devoción más actual y necesaria que nunca para obtener de Dios, por mediación de María Santísima, aquello que hace 2000 años todos los verdaderos cristianos piden cuando rezan:

*“Venga a nosotros Tu Reino, hágase Tu voluntad así
en la Tierra como en el Cielo”*



A pesar de todas las ofensas contra Aquél que murió por nosotros, la inagotable misericordia de Dios nunca nos abandona. Jamás deja de concedernos las gracias para que nos arrepintamos de nuestros pecados. Pero es necesario reparar el pecado cometido, hacer un firme propósito de observar los Mandamientos y llevar una vida virtuosa para alcanzar la salvación eterna.

Para eso, sin duda, una de las mayores gracias es la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. De ese adorable Corazón, traspasado por la lanza de Longinos, brotó sangre y agua en lo alto del Calvario, para salvarnos (cfr. Juan 19, 34). De ese adorable Corazón, aún en nuestros días, y a pesar de nuestras ingratitudes, tibiezas y desprecios, las gracias brotan abundantes para todos aquellos que sinceramente las desean. Basta pedir las con toda confianza. **“Donde más abundó el pecado, ha sobreabundado también la gracia” (Rom 5,20)**

Hace más de 300 años, el Sagrado Corazón de Jesús se manifestó a una privilegiadísima monja del convento de la Visitación de Santa María, en Paray-le-Monial (Borgoña, Francia), Santa Margarita María Alacoque (1647-1690).

Estaba rezando delante del Santísimo Sacramento, el 16 de Junio de 1675, cuando Nuestro Señor se le apareció. Después de un breve diálogo, Él apuntó a su pecho, señalando su propio Corazón y dijo: “Aquí está el Corazón que tanto amó a los hombres, que no ahorró nada hasta agotarse y consumirse, para darles testimonio de Su amor, y, en reconocimiento, no recibe de la mayor parte de ellos sino ingratitudes, por sus irreverencias, sacrilegios y por las indiferencias y desprecios que tienen hacia Mí en el Sacramento del amor. Pero que me es aún más penoso en corazones que me están consagrados y actúan así.

“Por eso, Yo te pido que el primer viernes después de la octava del Santísimo Sacramento se dedique una fiesta especial para honrar Mi Corazón, comulgando en este día y haciendo un acto de reparación, en satisfacción de las ofensas recibidas durante el tiempo que estuve expuesto en los altares. Yo te prometo también que Mi Corazón se dilatará para distribuir con abundancia las influencias de su divino amor sobre aquellos que le presten culto y que procuren que le sea prestado”. 1

El mensaje conserva toda actualidad, a pesar del paulatino olvido en que ha ido cayendo. El Beato Papa Pío IX (1846-1878) fue enfático al expresar su firme esperanza en esa devoción en comentario hecho al P. Julio Chevalier, fundador de los Misioneros del Corazón de Jesús:

“La Iglesia y la sociedad no tienen otra esperanza sino en el Sagrado Corazón de Jesús, es Él quien curará todos nuestros males. Pregonad y difundid por todas partes la devoción al Sagrado Corazón, ella será la salvación del mundo”.2



Vitral que representa la aparición de Nuestro Señor a Santa Margarita María Alacoque en 1675

Poderosa protección que viene del Cielo

Entre varias y magníficas promesas de ese adorable Corazón, “Cruzada” ofrece hoy a sus lectores una no tan difundida como sería de desear: la devoción al Detente, el Escudo del Sagrado Corazón de Jesús.

Esa práctica piadosa, otrora muy difundida entre los católicos, es un modo simple, pero espléndido, de manifestar permanentemente nuestra gratitud y amor al Sagrado Corazón, víctima de nuestros pecados. Y al mismo tiempo, recibimos de Él innumerables beneficios y una protección extraordinaria.

Es un poderoso Escudo que la Divina Providencia colocó a nuestra disposición, a fin de protegernos contra los más diversos peligros que enfrentamos todos los días. Para eso, basta llevarlo consigo, sin necesidad de hacerlo bendecir, pues el Beato Papa Pío IX extendió su bendición a todos los Detentes –como más adelante veremos.

El Detente, el Escudo del Sagrado Corazón de Jesús es un emblema con la imagen del Sagrado Corazón y la divisa: ¡Detente! El Corazón de Jesús está conmigo. ¡Venga a nosotros Tu Reino!

El uso del Detente es un medio de expresar nuestro amor al Sagrado Corazón de Jesús; señal de nuestra confianza en su protección contra las celadas del demonio y los peligros de todo orden.

Además, el Detente nos ayuda a recordar continuamente las promesas del Sagrado Corazón de Jesús; es un símbolo de nuestra total confianza en la protección divina, una señal de nuestra permanente súplica y fidelidad a Nuestro Señor y un pedido de que Él haga nuestros corazones semejantes al suyo

Origen del Escudo del Sagrado Corazón de Jesús

Santa Margarita María Alacoque –como cuenta en una carta dirigida a su Superiora, la Madre Saumaise el 2 de marzo de 1686– transcribe un deseo que le fue revelado por Nuestro Señor: “Él desea que usted mande hacer unos escudos con la imagen de Su Sagrado Corazón, a fin de que todos aquellos que quieran ofrecerle un homenaje, los coloquen en sus casas; y otros más pequeños, para que las personas los lleven consigo”³. Nació, así, la costumbre de portar esos pequeños escudos.

Esta santa devota del Detente lo llevaba siempre consigo e invitaba a sus novicias a que hicieran lo mismo. Confeccionó muchas de esas imágenes y decía que su uso era muy agradable al Sagrado Corazón.

La autorización para tal práctica, concedida al principio solamente a los conventos de la Visitación, fue más difundida por la Venerable Ana Magdalena Rémuzat (1696-1730). A esa religiosa, también de la Orden de la Visitación, fallecida en alto concepto de santidad, Nuestro Señor le hizo saber anticipadamente el daño que causaría una grave epidemia en la ciudad francesa de Marsella, en 1720, así como el maravilloso auxilio que los marseleses recibirían con la devoción a Su Sagrado Corazón. La referida visitandina hizo, con la ayuda de sus hermanas de hábito, millares de esos Detentes del Sagrado Corazón y los repartió por toda la ciudad donde se propagaba la peste.

La historia registra que, poco después, la epidemia cesó como por milagro. No contagió a muchos de aquellos que portaban el Detente y las personas contagiadas obtuvieron un auxilio extraordinario con esta devoción. En otras localidades ocurrieron hechos análogos. A partir de entonces, la costumbre se extendió por otras ciudades y países.